

EL ARCA

Bestiario & ficciones

Cecilia Eudave y Salvador Luis (compiladores)
Prólogo de Diego Trelles Paz

El siguiente fragmento de *El arca* contiene:

La iguana de Ignacio Alcuri

El león de Alberto Chimal

El topo de Rosa Elvira Peláez

Índice de autores y cuentos incluidos en *El arca*

LA IGUANA

Ignacio Alcuri

HACE MESES QUE COMBATO EL CRIMEN CON CAPA Y ANTIFAZ, y todavía no tengo nombre. No es cuestión de llamarse como uno quiera: la prensa debe bautizarte. Tras alguna hazaña notable, publicarán algo como "Enmascarado heroico frustra plan terrorista", y listo, uno pasa a llamarse "Enmascarado Heroico". Son las reglas, pregúntenle a "Desconocido Armado Con Una Pistola De Rayos". Tengan cuidado, no se pone muy contento cuando le preguntan eso.

Pero en esta calle nunca pasa nada. Sí, leyeron bien, en esta calle. Es que los paladines de la justicia somos tantos, que nos termina tocando a cada uno un área muy chica para proteger. A veces somos tres superhéroes por cada cuidacoches.

¡Y mi calle es un aburrimiento! Un montón de edificios muy pobres para ser robados, y muy chicos para ser convertidos en la guarida de algún villano con planes de conquista y esbirros no sindicalizados.

La mayoría de mis actuaciones fueron en el terreno baldío, lugar predilecto de parejitas cachondas y padres de familia buscando sensaciones que sus esposas anatómicamente no les pueden dar.

Hay un solo comercio en toda la calle. Un reptilario. Se preguntarán cómo sobrevive un local de ese tipo en un lugar tan inhóspito. Me pregunto lo mismo. Les juro que desde que vigilo la zona jamás cruzó la puerta alguien más que el dueño, sus acreedores y los enviados de un puñado de religiones evangélicas.

Mi mayor vergüenza es que a pesar de esto robaron el comercio una vez. Yo permanezco siempre alerta, tomando siestas cortas en una azotea en el punto neurálgico de la calle. Pero la noche del insuceso estuve atornillado al inodoro durante 45 minutos por los efectos de una cena tailandesa, tiempo que un malviviente aprovechó para robar diversas especies del reptilario.

El muy bandido se burló de mí, dejando su tarjeta personal en la vidriera. Se hace llamar "La Iguana", y el número de teléfono que aparece impreso es de un teléfono celular sin contrato.

Por suerte, entre el dinero del seguro y unos pesitos que junté por mi cuenta, el dueño del local accedió a no presentar quejas frente al Sindicato Unido de Combatientes del Mal. Yo quedé con la sangre en el ojo, porque esa plata iba a pagar el tratamiento médico para controlar el excesivo flujo sanguíneo hacia mis glóbulos oculares.

Cada día estoy más cerca de atraparlo. Ya encontré su página web, donde cuenta sus hazañas —robó dos o tres reptilarios— y cuelga imágenes con una carga narcisista importante. En todas las fotos aparece posando como si fuera el amo y señor del mundo, vistiendo un traje verde de lycra que lo hace ver

ridículo. Y siempre acompañado de una iguana, a la que debe su nombre. Aunque yo hice click en las imágenes de alta resolución, y eso no parece una iguana, más bien parece una lagartija común y corriente.

EL LEÓN

Alberto Chimal

—PUES, LA VERDAD, SEÑOR KUSTOS...

—Horacio.

—Horacio, gracias. La verdad es que..., bueno, me va a costar muchísimo explicarle...

—Entiendo.

El hombre sonrió.

—Y yo entiendo lo que usted me está tratando de decir con eso, pero... Es que de verdad es muy difícil. Si pudiera, vaya, no explicárselo con palabras...

Se quedó en silencio.

Horacio Kustos hizo un gesto vago que significaba “siga adelante”. Sin embargo, o así le pareció a Kustos, el hombre entendió alguna otra cosa, porque siguió:

—Es que yo no usaba palabras, y ahora, como podrá imaginarse, me cuesta... No, no, es más, me es *imposible*...

—Le entiendo —dijo Kustos para animarlo—. Es decir... Vaya, ¿por qué no comienza... Vaya... ¿Por qué no empieza desde el principio?

El hombre suspiró y sacudió la cabeza.

—Ay, señor Kustos..., el principio... ¿Qué le digo? Yo vivía en África. No sé exactamente dónde porque los nombres, vamos...

—No los conocía entonces.

—No, ninguno, nada. Ahora he visto fotos y era un lugar..., era sabana, pues, pero no se puede saber...

—...exactamente dónde —completó Kustos—. No, no, por supuesto, hay sabana en muchos lugares.

—Eso. Para el caso ni siquiera sé cuándo fue esto.

—¿Y cómo era la...? —Kustos movió las manos— ¿Cómo era el...? —volvió a moverlas, luego se quedó inmóvil, y al fin se dio por vencido: —¿Cómo era? —preguntó.

El hombre, muy hirsuto pero también de muy baja estatura y grandes incisivos de conejo, le sonrió. Tomó un sorbo de su café, dejó la taza sobre el plato y luego miró hacia arriba.

—No me aburría nunca. No sabía qué era. Aburrirse. Me quedaba tendido, es decir, la mayor parte del tiempo, salvo cuando era hora de comer o tenía sed o había alguien a quien echar del territorio. Sí sabe, ¿no?, la idea es que los tres..., los dos o tres machos de una manada... Suena horrible decirlo así, ¿no? ¿No cree?

—¿Le suena horrible?

Entonces el hombre se cubrió la cara con ambas manos. Tardó mucho en descubrirse.

—¿Alguna vez se ha encontrado con una persona que no lo haya visto por mucho tiempo, y que se queda muy impresionada con todo lo que usted ha cambiado, con lo que ha subido de peso o con cómo se le ha caído el pelo? — Kustos abrió la boca pero no pudo decir nada— A mí me pasa eso conmigo mismo. Y peor. No me reconozco, no me entiendo. Recuerdo... la sensación de levantarme del suelo. De no sentir nada en el vientre. Y luego de avanzar a cuatro patas. Ahora sueño que soy... hombre... y que voy así, que camino así, y me levanto y me pongo en el piso y no puedo, los brazos no son patas... ¿Me está entendiendo? Recuerdo también el olor del agua a medio estancar, de la carne ensangrentada, o de las... las hembras..., o de los machos. Es distinto. Yo era de los que echaban a los machos errantes, los que no tenían manada por viejos o por débiles. Los atacaba y los vencía. No es que los odiara, porque no odiaba a nadie. Tampoco quería a nadie. Me echaba encima de las leonas y era muy... Era muy fuerte. Yo. Y... Era otra cosa, ¿me entiende? Pasaba entre todos para llegar hasta el animal muerto y metía el hocico entre las costillas abiertas y me llenaba todo de sangre mientras arrancaba los pedazos y era maravilloso..., lo que se sentía... Pero es que la palabra “maravilloso” no va. No va ninguna. No le puedo poner a nada de eso..., es decir, a lo que hacíamos..., es decir nosotros, allá..., no le puedo poner las palabras que usamos..., es decir...

—Que usamos *nosotros* —dijo Kustos—. Yo, usted, vaya, usted *ahora*...

—Si yo lo viví y ahora ya no lo puedo imaginar, Horacio, imagínese usted. Yo creo que sí pensaba pero ya no le puedo decir cómo. Olía, escuchaba, sentía, me movía, recordaba, sabía quién era quién, prefería a unos por encima de otros... Me acuerdo de cómo se hacía mi pecho, cómo se estremecía, cómo

sonaba... Y un día nada más oí como una especie de trueno; me levanté y no vi nada salvo dos hembras que iban corriendo a unos arbustos; les oí rabia y miedo, y luego oí otra cosa que no sabía qué era entonces pero ahora sé que era pólvora... Y de pronto se me apareció un hombre. Ahí, parado enfrente de mí. Al principio, siempre me daba la impresión de que eran seres muy grandes cuando los veía de frente, porque me parecía que detrás del cuerpo que podía verles tendrían el resto, pero con el tiempo había aprendido a reconocerlos por el olor y a saber que detrás del tronco... No tenían nada, ¿me entiende? Y que podía con ellos.

Kustos le preguntó:

—¿Y entonces?

—Entonces me mató. Oí los disparos, los truenos, y me caí. Duele horrible. De pronto no se puede respirar y uno nada más mueve las patas un poquito, tiembla, y luego hay que esperar a que pase... Lo malo fue que tardó mucho.

Los dos se quedaron en silencio, sorbiendo café y mirando alrededor. Hombres y mujeres, solos y en parejas, se paseaban por el parque cercano. Varios llevaban ropa deportiva y trotaban. Más lejos se escuchaba música: cerca de una fuente vieja tocaba un grupo de jazz.

—Nunca había oído —empezó Kustos—. Se supone que eso de la reencarnación... Se supone que la gente no recuerda.

—Yo recordé de golpe cuando cumplí los veintitrés años. No me pregunte por qué. Primero pensé, claro, que me había vuelto loco, pero al menos no hice lo que siempre hacen en las películas, que se ponen a tratar de convencer a todos de que esto tan raro que les pasa efectivamente está pasando.

—Sí, claro —se sonrió Kustos.

—Y ya. Vivo, me voy a morir, y tengo estos recuerdos. Y soy un tipo cualquiera. Lo único es que los que fuimos... Qué horror, oiga nada más que estoy diciendo... Los que fuimos *Panthera leo*...

—¿Es el nombre?

—Científico, sí. Nos reconocemos.

—¿Cómo?

—El otro día, en el aeropuerto, vi de lejos a un muchachito bastante gordo, pálido, con la cabeza rapada y la cara llena de *piercings*. Me acuerdo bien. Tengo la impresión de que era japonés, venía entre muchos otros y, bueno, yo no sé hablar japonés, pero... Bueno. Lo vi, le digo, y supe. Luego-luego supe. No me pregunte cómo. Él era...

—Lo conocía.

—¡Habíamos tenido una camada juntos...! ¿Pero qué se le puede decir a alguien en semejante...? Nos vimos y nos reconocimos, él también, y nos fuimos corriendo, cada uno por su lado.

Su mano, distraídamente, acarició la cabeza del perro que había estado junto a la mesa, obediente durante toda la conversación. El animal movió la cola.

EL TOPO

Rosa Elvira Peláez

PROBABLEMENTE LAS HUELLAS DE TOPO sean de los rastros más complicados de seguir, por lo que, derivación natural, su nombre define al espía doble. Nunca reportaron casos de individuos que fueran a la cárcel, lo cual abona la tendencia a verlo como un animal de buena conducta. Sobre esto me llamó la atención hace años, entre sorbitos de coñac, el Viejo Topo de la Historia —el mismo al cual Karl Marx hizo famoso y que aún, sorprendentemente, está vivo y coleando—. ¿Quién puede detener al veterano escarbador? Pareciera que tiene un pacto con la muerte. Siempre me ha asombrado la afición de los topos a socavar molinos de viento y, paralelamente, ir sembrando preguntas. Sucesivas generaciones sirvieron para que alcanzara una altísima evolución del nivel de

escepticismo y un raciocinio que resultarían espeluznantes si no fuera por ciertas manías y preferencias que conserva.

La topografía, la topometría, la topología y la toponimia deben muchísimo a las habilidades y talentos del topo (no así el *topless*, valga aclarar). Habita en casi toda Europa, Asia, África meridional y América del Norte, y muestra una impresionante vitalidad: siempre está haciendo algo, día y noche; le bastan pocas horas de intervalo para reponer fuerzas. Es un animal pequeño, pesa poco y tiene gran movilidad; la configuración de su cuerpo le permite cavar con una fuerza equivalente a 32 veces su peso corporal, según determinó Arlton en 1936. Por si fuera poco, no tiene un pelo de tonto: hasta los pelos de su corto rabito son sensoriales y pueden recibir información de las vibraciones que pasan a través del suelo. Dado que todo el mundo patea el suelo en algún momento, su recepción es impresionante, y puedo atestiguarlo; la serenidad y entereza, además, lo caracterizan. Al topo de esta época no lo asusta nada, ni arriba ni debajo de la tierra. No padece de insomnio y pesadillas, no cree en fantasmas ni en promesas. De ahí que intimidar a un topo se ha vuelto una de las cosas más difíciles del mundo y clasifica como una de las hazañas del Hércules del siglo XXI, aún por descubrir.

Si la salud no se le complica con alguna cortada difícil de sanar, el animalito muere de viejo en su madriguera, feliz, rodeado de parientes y amigos, junto a sus libros y mapas y las sabrosas conservas de lombriz que ya son su marca registrada. El individuo sano se apareja unas cinco veces en la vida, apoya a su prole a abrirse túnel, pero no se deja agobiar por los asuntos domésticos. Su proyección es, en esencia, humanista. La insistente confusión de algunos lo inserta en la familia de los roedores, pero pertenece a los tálpidos —dentro del orden de los insectívoros— y no echa de menos la falta de orejas (excepto la rama anarquista que habita zonas asiáticas y unas pocas topitas con baja autoestima

que deciden hacerse la cirugía plástica por influencia de la serie de televisión *Nip-Tuck*).

Este pequeño mamífero mide entre 10 y 25 centímetros, incluyendo la cola; sus extremidades son cortas y el hocico largo, y a pesar de su indiferencia por las dietas y las pasarelas de la moda, no pesa más de 150 gramos, gracias a su alto metabolismo. La combinación de su esqueleto y musculatura con el tipo de pelaje suave y denso, le da una facilidad de movimientos que es objeto de estudio por parte de la NASA. Su cuerpo alargado y cilíndrico —con poderosas patas delanteras y manos de cinco garras— ha servido de inspiración a diseños dentro del proyecto El Hombre en Marte.

Se cree que hay, mínimo, unas treinta especies. Aprovechando que mi memoria fluye, cito algunas: el topo nariz de estrella o *Condylura cristata*, sobresale por su originalidad y suele ser un astrólogo por excelencia y, si mal no recuerdo, la mascota preferida de Batman; el topo ciego o *Talda caeca*, un gran simulador que desde Buster Keaton ha aportado muchas estrellas al cine, la televisión y el teatro musical; y el topo más grande del continente americano, el *Scapanus townsendii*, de persistente ceño fruncido, que seguramente quedará en la Historia como el padre de la ciudad del futuro (triste honor que le llegará de continuar el mundo el rumbo que lleva). Mención aparte merece la potente rama de topos adictos a la letra “r”, que dio origen a los especialistas en tropos y charlas de tertulias literarias.

Con este animalito la exactitud suele ser elusiva, un tanto poética y, a veces, volátil. Esto quizá se relacione con el hecho de que al llegar a la adultez cumple el ritual de pasar una semana con un telescopio, iniciación de la cual no se conoce suficiente información y que le agrega un halo misterioso. Son falsas las versiones de su temor al mundo exterior, simplemente odia el bronceado natural y el ruido diurno. Confeso enamorado de la noche, su único fanatismo

probado le ha valido el mote de lunático dado por otras especies. El sabio Astrolabius (siglo II d.C.) escribió sobre las diferenciaciones de los topos según el olor y contorno de sus dientes, y dibujó lo que llamó el *toCAST*, un híbrido de topo con castor, vinculado a la construcción de las pirámides de Gizeh. Algunos biólogos opinan que su nariz tiene sensores eléctricos y magnéticos muy pequeños que le permiten moverse con plena comodidad por sus laberínticas urbes subterráneas. Otros creen que el travestismo y/o mutaciones del animal constituyen uno de los misterios mejor guardados del universo. Al respecto, la referencia más citada es el testimonio de Ambrosius el Incontinente, quien juró ver una bandada de topos voladores en las proximidades de Roma la víspera del asesinato de Julio César. Cierta crítica de cine, cuyo nombre se me escapa ahora, llegó a afirmar que la secuencia de las bicicletas voladoras en *ET* la hizo un equipo de topos, el mismo equipo de dobles que actúa en otros filmes. Se dice que soñar con ellos augura una vida a prueba de desengaños (Matusalén acariciaba una colita antes de acostarse) y que trae buena suerte un monedero hecho con su piel, pero la ciencia no lo ha convalidado. Hay pruebas, sin embargo, de que al pequeño mamífero le es indiferente el dinero. Las estadísticas del costo de vida, la inflación y la Bolsa le dan cefalea; mencionar en su presencia el Nasdaq, el Dow Jones y el ALCA le provocan náuseas de inmediato.

Aunque no se reconoce lo suficiente el mérito correspondiente, la construcción del primer *subway* tomó cuerpo después del hallazgo de la Ciudad Sagrada de Thopus, obra de un venerable *Scapanus townsendii* que vivió a fines del siglo XIX en la frontera de los Estados Unidos y el Canadá. Los topos también hicieron un aporte sustancial a la cultura mediática al influir en la creación del *top ten* (independientemente de los vaivenes y hasta de la degeneración que ha sufrido la famosa lista de lo que sea). Los jardineros le han fabricado mala fama a este insectívoro tan laborioso y los expertos del Pentágono no abandonan la idea

de usarlo en misiones especiales como portador de explosivos y virus. En particular, el más reclamado para estos fines, la *Talpa europaeus* o topo común, se mantiene renuente a dejarse manipular por los “halcones”. Su presencia en conflictos armados tuvo un giro crucial tras la Segunda Guerra Mundial. Después sólo se reportaron hechos aislados: hubo grupos que ayudaron al Vietcong y al menos una docena de individuos estuvieron involucrados en la Crisis de los Misiles en Cuba. Más allá de rumores de toda laya, no puede corroborarse la intervención de topes genuinos en la Guerra Fría.

Poseedor de un maravilloso don de captación de señales —tiene muy desarrollados el olfato, el tacto y el oído—, el topo sabe lo que hay y lo que viene, qué oscuros intereses mueven a las partes en conflicto (cualquier conflicto) y qué claros ideales naufragan entre ingratitud, corrupción y desvíos varios. Por eso, intenta no traumatizarse con la información que maneja y atesora y, sumamente precavido, se cuida del calentamiento global buscando terrenos húmedos, alejados de las zonas de contaminación. Por lo mismo, desdeña tener una visión de 25-25. Ve lo suficiente para tener conciencia de que acercarse a los detalles sería una tortura redundante, a lo cual se opone la parte hedonista del animal. Algunos científicos afirman que como mejor se lo puede atraer es con música de boleros y aromatizadores de jazmín, pero el hechizo dura poco. El estilo de vida del topo hace que sea muy difícil mantenerlo cautivo. Se alzan dos dificultades: son impredecibles las inquietas garras delanteras —su habilidad de escape es la envidia de los presos— y exhibe un apetito descomunal. Integran el menú insectos, gusanos, babosas y larvas. Si la memoria no me falla, creo que a diario un individuo puede devorar entre el 70% y el 100% de su peso corporal. De ahí que sea aconsejable respetarle su independencia, no me canso de insistir.

El repertorio de las mentiras sobre este mamífero lo encabeza su débil visión, junto con su obsesión de vivir bajo tierra y dárseles de solitario. Pero no

es obsesivo ni cegato, mucho menos egocéntrico. Tampoco es un solitario en el sentido exacto del término, sino un profundo conocedor de la sociedad considerada la más avanzada y opta por mantenerse al margen para evaluar con objetividad sus experimentos de autoexterminio. Esto explica, en gran parte, el apasionamiento del topo por la excavación: comportamiento que no reniega del rol social y va más allá, intentando buscar las razones —al parecer cada vez más enterradas— de las acciones humanas. En este punto asoma, como siempre, la vitalidad del Viejo Topo de la Historia.

En general, suelen ser lectores ávidos, y no sólo de *thrillers* como muchos creen. Saben de memoria el *Infierno* de Dante y varias obras de Shakespeare, pareciera que ya fuera parte de su código genético esta peculiaridad. Entre sus intereses figuran la historia, la antropología, la arquitectura, la ingeniería, la arqueología, la jardinería, los ritos funerarios, la astronomía, las matemáticas, la filosofía, el cine y la poesía. A la inmensa mayoría le fascinan el ajedrez y los laberintos; las películas de Woody Allen y las novelas de John Le Carré; el Cirque du Soleil y las ficciones de Borges; también hay reportes de ciertos clanes seguidores del *rap*, los *shows* de Madonna y los Juegos Olímpicos. Muchos sienten una manía casi morbosa por el *National Geographic Channel*, el turismo de necrópolis y el agua efervescente, y casi todos ríen cuando escuchan que Microsoft es lo ideal. Entre las cosas que les divierten: mantener un *blog* comunitario con ensayos filosóficos sobre el sentido de la vida, coleccionar fantasías de psicoanalistas, la creencia de que sus paticas surten efecto contra el dolor de muelas, el reumatismo y la epilepsia y que algunos humanos piensen que son unos bichos cobardes y llenos de tierra. Sobre todo, les provoca risa que haya personas que crean en la existencia del legendario topito torpe.

¿Hablo solo o alguien me escucha? Me pregunto si no estaré divagando... A los viejos se nos suelta mucho la lengua y la sesera. Quizá sea hora de pasar por la despensa y echarme un sueño. Mencionar lo del topito torpe me ha causado tanta risa que se me alborotó la panza. Pero antes, como prueba de nuestras sutilezas y libertades al observar la especie humana, podría añadir una reflexión de un sujeto estrellado que emigró a terrenos aledaños al Río de la Plata, y que puede leerse en la nueva edición de *El viejo topo ilustrado*: *“LÍNEA: Una de las sutilezas mágicas de la vida, de las sombras y del olvido. Un demiurgo llamado Borges soñó la línea de Lönrot para perturbarnos eternamente. Dicen los matemáticos que la línea nace cuando el punto se desplaza. Para el artista africano, la línea relata al hombre. Es bello pensar que todos los hombres son hijos de un punto. El óvulo fecundado, la imaginación, la nada, la luz, el caos. Con el predominio del mercado, la línea ha pasado a designar coches y a ser un instrumento de tortura de las mujeres, que se imponen dietas para mantener la línea, a riesgo de convertirse en agujas. La línea es un concepto de amplio uso, de bello sentido como en el caso de la línea de navegación, y de trágico sentido cuando se trata de una línea de combate o de fuego. En los ámbitos del transporte y la comunicación, la línea suele adoptar comportamientos sorprendentes, rayanos a veces en la anormalidad. Cuando se lee entre líneas se está saboreando uno de los más deliciosos manjares que cocina el intelecto. La línea tiene la manía de creerse en una única dirección, irreprochable, y esto la hace tropezar graciosamente. Casi siempre a la muy olvidadiza le aparece un punto que le recuerda que no hay nada tan aventurero y gratificante como volver a empezar.”*

EL ARCA

BREVE NOTA EN LA PATA DE UNA PALOMA

Por Cecilia Eudave & Salvador Luis

Prólogo: EL EJERCICIO DEL CAOS: PANIC ON THE ACUATIC ZOO

Por Diego Trelles Paz

DE LAS AGUAS ABISALES Carlos Labbé (Chile)
LA ARAÑA Norberto Luis Romero (Argentina)
LOS BENTEVEOS Rosalba Campra (Argentina)
EL COCODRILO Eva Cabo (España)
LOS CHANCHOS Leonardo Valencia (Ecuador)
EL DELFÍN Ricardo Sumalavia (Perú)
EL ESCARABAJO Víctor Montoya (Bolivia)
EL F Efraim Medina Reyes (Colombia)
LOS GATOS Álvaro Bisama (Chile)
EL HARFARTUS Vizania Amezcua (México)
LA IGUANA Ignacio Alcuri (Uruguay)
LA JACA Carmen Camacho (España)
EL KOALA Mayra Santos-Febres (Puerto Rico)
EL LEÓN Alberto Chimal (México)
EL LLULL Viviana Paletta (Argentina)
LAS MARAS Mara Aguirre (Argentina)
LA NADA Claudia Ulloa Donoso (Perú)
LOS ÑAÑARAPUS Cecilia Eudave (México)
LOS OSOS Pedro Cabiya (Puerto Rico)
EL PULGÓN Claudia Apablaza (Chile)
EL QUIRÓPTERO Ricardo Silva Romero (Colombia)
EL RINOCERONTE Carlos Bustos (México)
LA SERPIENTE Jacinta Escudos (El Salvador)
EL TOPO Rosa Elvira Peláez (Cuba)
EL UNICORNIO Mónica Belevan (Perú)
LA VÍBORA Marcial Fernández (México)
LA W Edmundo Paz Soldán (Bolivia)
EL XANTI Salvador Luis (Perú)
LA YEGUA Elena Medel (España)
LOS ZANCUDOS Alejandro Zambra (Chile)

POLIZÓN: LA RUINA QUE VINO A SARA Maurice Echeverría (Guatemala)